

# DESDE EL MIRADOR DEL VALLE



Fernando Dutilh

Fernando Dutilh

**DESDE EL MIRADOR  
DEL VALLE**



EDITORIAL  
**LETRA MINÚSCULA**

Era una tarde desabrida del mes de febrero de uno de esos días en los que el gris de las calles se confunde con el plumizo tono del cielo como si un pintor perezoso y torpe no hubiera sabido diferenciar el color de la ciudad y el de las nubes en su paleta y todo quedara en un revoltijo ceniciento sin límites. Al llegar del instituto mi padre nos dio la terrible noticia: Habían asesinado a Don Ángel aquella misma mañana.

El asesinato es un acto singular, ningún asesinato se parece a otro incluso cuando el autor así lo pretenda porque cada víctima es única y el acto de quitarles la vida es por tanto un hecho extraordinario en su propia naturaleza. Además de eso, o precisamente por eso, el crimen nunca se desarrolla como el asesino lo planea y por ello rara vez tiene lugar un crimen perfecto. Sin embargo, yo fui testigo de primera línea de uno de esos crímenes si por perfecto entendemos ese en el que la identidad del asesino nunca logra desvelarse, como ocurrió por ejemplo con Jack el Destripador que hasta la fecha no se conoce quien los cometió o bien porque el autor falleció antes de ser descubierto o confesó en su lecho de muerte.

El caso es que haber vivido al lado de un asesino y estar tan cerca del asesinato condicionó buena parte de mi vida. Quizá incluso desde el mismo día de mi nacimiento.

Nadie sabe por qué nace. Por más que os digan que la vida tiene un sentido y que hay que encontrarlo, no prestéis atención, la vida no tiene ningún sentido. Si lo tuviera no lo encontraríais pues está más allá del entendimiento humano y si llegarais a encontrarlo, en el improbable caso de que dicha búsqueda no os arrastrara a la locura, no podrías explicarlo, al menos no con palabras. Así que olvidad cualquier intento de profanar el imposible encuentro con el sentido de la existencia porque de lo contrario os pasareis toda vuestra absurda vida buscando algo que nunca encontraréis.

Quizá somos útiles para nuestras bacterias, las que habitan en nuestras más profundas cavidades y se alimentan de nuestros cuerpos o, más bien de otros cuerpos que habitan el nuestro. Quizá somos de utilidad para los ácaros que se aparean en los poros de nuestras caras mientras devoran las escamas de nuestra piel antes de la gran explosión ¿sabíais que cuando ya se han hinchado con los pastos de nuestras escamas epiteliales estallan porque no tienen aparato excretor? Cuando sintáis un picor repentino en la cara ya sabéis a qué se debe. Quizás al final vuestra vida sea útil para vuestro perro porque si no seguiría en la perrera o ya lo habrían sacrificado pero vuestra existencia y la mía, en sí mismas, no tienen sentido alguno.

Preguntar sobre el sentido de nuestra existencia sería como preguntar a un protozoo qué significa La Divina Comedia.

¿Imagináis que un filósofo o un científico que existiera entre las bacterias de nuestra flora intestinal, respondiera ofendida que sin ellas no podríamos hacer la digestión y que esa es su misión en la vida? ¿No responderíamos con asombro: ¿De verdad cree usted filósofo bacteriano que mi digestión puede esgrimirse como coartada para dar razón de la existencia de nadie, incluso de una miserable bacteria?

Si tal cosa pudiera ocurrir, que una bacteria pensara y dijera eso ¿No sería como afirmar que el pago de la hipoteca o los impuestos es lo que otorga significado al deambular de los humanos por este mundo? Si Dios pudiera hablar con nosotros, si existiera, en cualquier caso, todas nuestras preguntas y más aún nuestras respuestas le parecerían absurdas porque la misma distancia hay entre las bacterias y nosotros que entre nosotros y Dios.

Contrariamente a lo que afirmaba el poeta no llevo un corazón fanático (y por tanto cercano a una especie de locura) no tengo un motivo para vivir, un sentimiento para luchar, solo camino por un desierto desolado sin sombras, seco y polvoriento y no entiendo ni mi vida ni mi muerte.

Soy un ejército invasor, un enjambre de culebras, una nube de langostas, un banco de peces que flota en un viscoso líquido caliente y oscuro ¿Acaso ellas, las langostas, las culebras, saben a dónde van? Como El Innombrable no soy, no tengo identidad alguna, mis límites no existen, lo abarco todo y nada a la vez. Percibo los sonidos, los murmullos y a veces los gritos desgarrados a través de una membrana que amortigua las estridencias exteriores.

Estoy aquí por mis pecados y mis faltas incontables cometidas miles de años antes, a lo largo de miles de vidas anteriores, no recuerdo cómo hice todo eso de lo que soy responsable ni siquiera si lo hice como ser humano, animal o planta, pero de todas esas experiencias arrastro culpas y deudas. Las guerras de los hombres, de las que os contaré algunas cosas en este relato tienen tanto sentido como las vidas de los soldados perdidos en ellas: ninguno.

No quiero vivir, pero me arrastra mi estómago incansable, insaciable, infecto ¿Qué puedo hacer para resistirme? Nada, absolutamente nada, preso estoy y no puedo moverme ni gritar para que alguien me ayude. Salir es tarea inútil. ¿Dónde iría? ¿Dónde van los que salen? ¿Ha salido alguna vez alguien? y ¿Para qué me esfuerzo si no conozco ni los límites de mí mismo?

Quizás soy todo, me refiero a que soy todo eso que me rodea y que no entiendo. Pero ¿acaso me entiendo yo? Eso que queda allende los límites soy yo mismo y por ello no puedo ir a ningún lugar porque soy mi propia realidad circundante de la que no puedo ver las fronteras de mi propio ser. Un mar o un pantano cálido, azul unas veces negro otras lleno de rayos como flechas y planetas,

como puntos que imagina que no es nada, eso soy. La luz del día me ciega, la claridad debería ser condenada por toda la eternidad como lo estamos los demás seres desde los más simples a los más complejos. ¡Condenar a la luz! ¿A qué? ¿A vivir en la oscuridad? ¡Gran paradoja! ¿A qué filósofo se le ocurriría semejante disparate? Pero la luz hiere como cristal de amor roto por el viento de una despedida, duele como escupitajo de puta arrojada a una cuneta polvorienta.

De noche buceo en este mundo oscuro y viscoso que me protege de los males del universo externo y resulta ser cálido y salado y profundo... Un lugar donde sin medida y sin tiempo no me es posible, o quizá me está prohibido, conocerme, descubrirme, saber quién soy o quien he sido. Miro mis extremidades misteriosas, mi fina piel rosada... tan rosada como la membrana que cubre las pareces que me envuelven. Nada tiene sentido. Y qué hay de esas ráfagas magnéticas que lo rodean todo con sus calambres inauditos ¿de dónde vienen? ¿Y esos truenos que truenan? ¿Y esos dardos que aletean por entre las nubes? ¿Y ese hielo que quema? ¿Y ese fuego que abrasa? ¿Qué lejano significado esconde todo esto? ¿Cómo puedo responder? Miro y veo el lugar que ocupo en el centro de la tierra desde donde puedo ver los mares por debajo con sus peces y bosques de algas verdes, sus simas y montañas submarinas, sus prados desiertos y sus costas y entonces, sólo entonces, me doy cuenta de que no sé qué puedo decir, ni preguntar y mucho menos responder. Duermo o creo que duermo o quizá me duermen, porque ¿cómo saber qué hago en cada momento si no sé qué o quizá quién soy? Un gran monstruo está al acecho, lo percibo con todos mis sentidos, pero no tiene caso ponerse en tensión, lo que ocurra será inevitable, por otra parte, no puedo moverme así que me quedo más quieto, más inmóvil que nunca. Un ruido ensordecedor hace huir al monstruo. Siento una sensación de alivio y esa sensación inunda toda mi consciencia y va más allá de los límites, sean los que sean.

Frío intenso, gélido, húmedo... Calor pegajoso, maloliente, nauseabundo. Hambre, asfixia, angustia sin límites, un dolor de branquias quemadas que sube desde el pecho a la garganta. Me desgarró y lloro sin consuelo, esa es la ocupación, la frustración y la guerra de los que no tenemos nombre, estemos donde estemos.

Amo a todos los seres sin importar su naturaleza ¡me amo a mí mismo! Me amo como nadie me amará nunca y como nunca amaré a ser alguno ¿Puede alguien amarme a mí? ¿Puedo ser amado? Pero os pregunto: ¿no sabéis que soy un asesino y un violador y un estafador? ¿Quién podría amarme? ¿Si comí carne humana, si desgarré músculos y entrañas y tripas y si esparcí la sangre de mis enemigos por toda la tierra quien se acuerda ya, quien quiere o puede recordarlo?

Deseo rugir y lloro como un niño, deseo rasgar y acaricio como un enfermo moribundo, quiero devorar la carne de mis adversarios y solo me hincho de un líquido que ni siquiera ingiero por la boca, quiero emborracharme y me quedo dormido, fumar y no puedo ni respirar. Fornicar y me orino encima. Y de repente una luz al fondo y un ahogo.

## II

Y así, como un titán envilecido por su pequeñez y su insignificancia, gritando y blandiendo una espada inexistente y pese a todos mis esfuerzos o quizá precisamente por todo eso, en la madrugada del uno de mayo de 1960 nací yo, en la Clínica Virgen Milagrosa de Madrid. Vine al mundo llorando, aunque lo que quería era gritar de rabia, para recoger los despojos del valle de la violencia y de la muerte, pero también para recibir el abrazo de una vieja y conocida cortesana: La Vida.

Era una noche muy calurosa de primavera, aunque todavía lejos de los rigores del verano madrileño. A la clínica, un moderno edificio de dos plantas erigido la década anterior y construida a base de bloques de hormigón gris prefabricados, acudieron mis abuelos, mis tíos de una familia y de la otra y unos primos de los que no sé si alguna vez supe el nombre.

En esos momentos en el que todo lo que crees saber desaparece y comienza a desvelarse la nueva situación presientes que algo terrible está a punto de ocurrir, pero no puedes evitarlo, has nacido y ya nada volverá a ser igual y a partir de entonces comienza una andadura predeterminada pero desconocida para la que nadie está preparado.

Si es verdad que en el útero materno es como si no tuvieras límites con el otro, tu propia madre y el mundo exterior, también lo es que el nacer supone un cambio brusco tan traumático que se pierde la memoria como en un terrible accidente de coche. De repente eres menos que nada porque antes estabas protegido y ahora te encuentras en un mundo nuevo y estás solo. Los meses que siguen y los años por venir son una constante lucha por acostumbrarte a la nueva situación. Una adaptación trabajosa a los límites que impone la realidad. Ese es el verdadero significado de la infancia: adaptarse al mundo duro, mal oliente, ruidoso y polvoriento. Así era mi mundo: Madrid, ¡mejor diría el Infierno! como exclamó Quevedo desesperado.

...

He sabido que mi madre fue en taxi a la clínica acompañada por mi abuela y que mi padre llegó en el último momento al parto y quiso entrar en el quirófano, pero como no le dejaron entonces insistió aduciendo que pertenecía a la OJE, a la Falange, que había sido esto y aquello y también alegó que en ese momento era un alto cargo de no recuerdo qué organismo del Movimiento. Pero aun así siguieron impidiéndole entrar de modo que se puso violento y le soltó un puñetazo al médico titular que había salido del quirófano al oír los gritos, acudieron otras personas, enfermeras,

médicos y vigilantes que finalmente lo redujeron y dos policías se lo llevaron detenido. Aquella noche, la primera de mi vida, mi padre durmió en la comisaría.

Luego diría que se puso nervioso porque al no dejarle entrar pensó que yo ya había nacido y que tenía alguna tara o deformación genética pero que no se lo querían decir todavía hasta estar seguros y que sólo pensar en esta idea que le obsesionaba desde el mismo momento que mi madre le anunciara su embarazo le puso fuera de sí. Siempre encontraba alguna excusa para sus desmanes como cuando pegó dos puñetazos a un camarero y luego nos echó la culpa a mí y a mis hermanos por pedir agua insistentemente o cuando le partió la nariz a un gasolinero por no atenderle a tiempo y le echó la culpa a mi madre por decirle que otro coche se había colado. Mi padre era propenso a actos violentos de este tipo y a justificarlos de cualquier forma o incluso a defenderse reafirmando en el error como cuando sobre el incidente del Hospital añadía que él me habría matado si hubiera nacido con alguna malformación tirándome al suelo de cabeza y luego habría dicho que me había escurrido de sus manos.

Esta historia y sus reflexiones sobre la necesidad de deshacerse de los neonatos con deficiencias como hacían los espartanos en el Monte Taigeto desde el que despeñaban a los nacidos con taras físicas la escuché de sus labios muchas veces. Yo podía imaginarme el hedor de aquel lugar infame y a los verdugos cobardes arrojando los recién nacidos al vacío. A mi padre le agradaba regodearse en los detalles de aquellos crímenes y defendía con ardor la eugenesia.

—¿Para qué hemos evolucionado durante tantos siglos, para volver atrás? —Se preguntaba retóricamente— Tener un niño subnormal y no poder matarlo después de nacer va contra la naturaleza. Los débiles no pueden sobrevivir y la sociedad no debe permitirlo. Los anormales, los tarados, los amorfos tienen que desaparecer de nuestra sociedad —Afirmaba rotundo. En los años siguientes llegué a creer que le hubiera gustado deshacerse de mí pues, aunque era un niño normal a menudo estaba siempre enfermo y débil, por no hablar de mis malas calificaciones escolares y mi aparente falta de tenacidad y de inteligencia que le sacaban de quicio. Mi padre decía estas barbaridades y a continuación se declaraba católico, apostólico y romano sin solución de continuidad.

Aquellos primeros meses transcurrieron entre pañales, polvos de talco y colonia Nenuco. Olores primero y colores y formas después junto con caricias y sensaciones corporales eran todas las experiencias destacables que imagino que tendría un niño de esa edad. Un año más tarde llegó mi primer hermanito y luego otro y otro y así, uno por año hasta llegar a ocho. Mis padres nos amontonaban por sexos en dos pequeñas habitaciones y por niveles en las literas según la edad: el mayor arriba, el segundo abajo, el recién llegado (siempre había uno) en la cuna. El piso en el que vivíamos cerca de la plaza de Cuatro Caminos era minúsculo, pero a nosotros nos parecía un enorme campo de atracciones: con puertas de armarios como lianas, bañeras como ríos infestados de cocodrilos, patios como acantilados de desiertos

lejanos... No debía parecerle así a mi madre siempre quejándose de lo mucho que tenía que hacer y trabajar y constantemente rezongando de cuánto le cansaba todo aquello (a pesar de que contaba con la ayuda de dos chicas que se ocupaban de la limpieza y de nosotros). Las dos chicas eran de las que se decían “internas” es decir que vivían en nuestra casa en un habitáculo minúsculo sin apenas ventilación que también servía como cuarto de plancha.

Nuestra vivienda estaba situada en la segunda planta de un pequeño edificio de vecinos levantado en la primera década del siglo y estaba construido de ladrillos con ventanas pequeñas que tenían balconcitos desde se veía la callejuela que desembocaba en la plaza de Cuatro Caminos. Se accedía por un portal estrecho que daba a un pequeño zaguán por el que penetraba una luz macilenta y a una estrecha escalera de madera que daba acceso a las bulliciosas viviendas. Desde que tengo memoria recuerdo los sonidos del patio de aquella casa: Radio Nacional emitiendo las noticias, niños llorando, mujeres cantando y a mi madre gritando constantemente para corregir todo lo que hacían las sirvientas. Mamá tenía la costumbre de empezar poco a poco sus reprimendas con cierta calma para luego ir subiendo los decibelios hasta que su voz se hacía insoportable. Generalmente todo empezaba por una nimiedad, pero si la pobre desdichada víctima de sus berrinches osaba contradecirla o simplemente intentaba explicar por qué había hecho lo que fuera que hubiera hecho objeto de su cólera, entonces ya teníamos una hora de cánticos gregorianos seguidos de cante jondo que terminaban en portazos y en más alaridos seguidos de llantos y sollozos.

Siempre he estado persuadido de que aquellas escenas se debían a una profunda insatisfacción producida por una vida anodina al lado de un hombre al que no amaba. Cuando comenzaban sus amonestaciones uno podía pensar: —De momento la cosa va bien—. Pero poco a poco mi madre iba elevando el tono y repitiendo lo que ya había dicho antes un poco más alto cada vez y así reiterando lo mismo y chillando cada vez más podía estar horas sin parar. Si las desventuradas osaban replicar o justificarse, entonces los gritos y los golpazos de puertas se multiplicaban y la pequeña casa parecía una caja de resonancia machacada por el ritmo de los aullidos y los portazos de mi madre. A pesar de todo, cuando recuerdo aquella época la imagen que me viene a la cabeza es la de un lugar agradable y soleado y, a su manera, armónico.

Cuando la familia llegó a un tamaño considerable, quizá allá por el sexto hermano, nos mudamos a la calle de La Princesa, a un piso enorme (o eso me pareció). Madrid era entonces una ciudad llena de actividad, con un tráfico insoportable y con obras por todos partes: edificios nuevos, canalizaciones, asfaltado... Todo eso se traducía en ruido, polvo, olores... ¡Sabores también! Probé la tierra insípida de los parques, la cal astringente de las paredes, los barnices amargos de los muebles, la electricidad (que casi me mata) e incluso la legía, a consecuencia de lo cual tuvieron que hacerme un lavado de estómago en la casa de socorro más



cercana. Pero Madrid era sobre todo colores intensos, verdes sobre tierras tostadas, azules brillantes, reflejos de ese cielo alto del que hablaba Ramón Gómez de la Serna y también era sus grises oscuros y sus negros sombríos.

A los cuatro años ingresé en un colegio para infantes, mi primera rebeldía de la que tengo memoria fue negarme a comer los tomates de la ensalada que nos servían en el comedor preescolar —¡Tomates, que cosa tan repugnante!—. Parecían una deliciosa fruta dulce y fresca y resultaban ser ligeramente salados con una blanda textura arcillosa y lo que me resultó más desagradable es que estaban bañados en un líquido viscoso viscoso ligeramente agrio (que luego resultó que era aceite mezclado con vinagre) que los hacía más vomitivos todavía. Me obligaron a comerlos, los probé, no me gustaron, se lo hice saber al profesor, pero este insistió, entonces tiré al suelo toda la fuente de tomates y salte sobre ellos en señal de protesta. Me resbalé, me di con la cabeza en el suelo y comencé a sangrar. El jugo de tomate y el aceite se mezcló con la sangre, propiamente la sangre no llegó a mezclarse con el aceite, sino que formó hilillos serpenteantes con forma de espiral de colores verdosos y granates que ni el más arrebatado Kandinsky podía imaginar. Era un espectáculo pictórico maravilloso, como si fueran oleos de colores mezclándose en la paleta con aceite de trementina.

Me tuvieron que dar cinco puntos, pero gracias a que casi me rompí la crisma mi acto de rebeldía no pareció tan grave y quedó en segundo plano. La siguiente rebeldía comenzó por una desobediencia en clase de la que no recuerdo la causa y por la que me castigaron sin recreo. Entonces me escapé del cuarto de castigos en el que estaba recluso y me fui a la cocina donde unas amables cocineras con olor a harina y nata batida me ofrecieron todo tipo de golosinas. Mis profesores habían comenzado a buscarme, pero no volvieron a verme hasta la hora de comer cuando aparecí tranquilamente por el comedor. Entonces un grupo de profesores se encararon con las cocineras, yo quedé en el centro del corrillo que formaron unos y otros y solo oía las reprimendas de los educadores y los lloriqueos de las mujeres que yo consideraba mis protectoras, en cierto momento decidí tomar partido por estas y dar un buen escarmiento a aquellos encorbatados y bigotudos abusones propinándoles unas buenas patadas en las espinillas con todas mis fuerzas. No creo que pudiera haberles causado mucho daño, pero aquello supuso mi primera expulsión de un colegio.

Recuerdo que aquella tarde mi madre me llevó a casa de mis abuelos y que yo sentía una gran vergüenza por todo lo ocurrido, no en vano mi madre se encargó de repetirme todo el camino lo malo que era y las consecuencias que tendría mi comportamiento, sin embargo a mis abuelos les pareció lo más divertido del mundo y me ofrecieron toda clase de chokolatinas y chucherías además de contarme cuentos y regalarme unos cuadernos y lápices de colores para que me entretuviera dibujando y pintando y así pasé aquella tarde feliz y despreocupado. Muy distinta fue la reacción de mi padre al llegar a casa: me miró con severidad, me dijo palabras que o no

entendí en ese momento o no puedo recordar ahora y acto seguido se quitó la zapatilla y la estampó varias veces con furia en la parte superior de mis piernecillas desnudas. Lloré de rabia porque estaba convencido de haber obrado perfectamente en defensa de tan amables matronas y me parecía injusto que papá tomara partido por los malos, aquellos profesores de olores acres y rostros serios.

### III

Mi abuelo, con quien tanto quería, el padre de mi madre, se llamaba Gero Calande, se parecía al actor Carl Malden, el de Las Calles de San Francisco, tenía ojos azules y bondadosos aunque un tanto burlones y su característica principal como podéis imaginar por el personaje con el que lo he comparado era su enorme nariz que como patata rugosa adornaba su semblante, su voz era honda y grave al estilo de la de Fernando Fernán Gómez. Usaba también gabardina marrón y sombrero gris de media ala como los actores de Hollywood de aquellos años. Mi abuela Luisa, Lali como la conocíamos todos, era mitad Rafaela Aparicio mitad Florinda Chico: gorda con una gran papada y gafas gruesas de pasta con forma de concha de las que se usaban en los sesenta. Disfrutaba cocinando y le gustaban los niños con locura, lo mismo que al abuelo por lo que siempre había chocolates y caramelos en el aparador del comedor de su casa de la calle de Factor para cuando íbamos a visitarles. Todavía puedo respirar el aroma de madera antigua y licor de manzana que salía de ese armario. Toda la casa olía a jabón de Lagarto y a caldo de repollo.

En la época en la que yo nací mi madre era todavía alegre y extrovertida, el centro de todas las reuniones y de todas las miradas. Graciosa, animada, vital... físicamente se parecía a Paquita Rico, morena grande voluminosa, con ojos negros muy vivos y una enorme sonrisa (siempre y cuando no estuviera despotricando contra alguna de las chicas del servicio) así era al menos los primeros años de mi vida y así es como la recuerdo pero con el tiempo fue poco a poco perdiendo todos esos encantos: sus ojos dejaron de brillar, su cuerpo se hinchó como un globo, su pelo largo y negro se volvió gris y estropajoso. Su cara lisa se tornó granulada y terrosa y más adelante quedó cruzada por enormes arrugas casi diríase grietas como cicatrices en una sandía y su carácter se volvió agrio e incluso violento y agresivo, producto sin duda, como ya he comentado, de una honda insatisfacción que la corroía el alma por dentro.

En los años de mi infeliz infancia (solo era feliz ocasionalmente, porque los niños tendemos a la felicidad a pesar de lo que tengamos alrededor) mi padre se me antojaba un Gary Cooper dispuesto a enfrentarse contra todos los peligros, para mí era como el protagonista de una película del Oeste: alto, delgado e íntegro, con una media sonrisa que había heredado de mi abuela, Se parecía a un caballero medieval,

un Burt Lancaster con capa y espada, un sheriff de Texas. Era como James Stewart, Cary Grant o Paul Newman, la imagen de la elegancia y la honestidad, aunque sus brotes de cólera y rabia eran cada vez más frecuentes contra mamá y pronto también contra mí. De cómo aquel Humphrey Bogart fue transformándose en un cruel y retorcido Anthony Hopkins, es en parte, de lo que trata esta historia.

De mis abuelos paternos recuerdo sobre todo a mi abuela Mina, muy elegante con pelo blanco, siempre con un rictus de media sonrisa a lo Gloria Stuart en sus ochenta. No tenía la vitalidad de la abuela Lali, pero era un remanso de tranquilidad. Del abuelo Paco no tengo recuerdos más que lo que mi padre me contó de él que no es mucho. En las fotos se parece al Spencer Tracy de los años sesenta: pelo blanco, mandíbula firme, labios finos y hombros anchos. Murió muy joven, de cáncer de páncreas, yo tenía por entonces cuatro años. Según mi padre no duró ni un mes desde que se lo diagnosticaron. Papá solía contar que durante la operación a vida o muerte que le practicaron se terminó la reserva de sangre para las transfusiones y él tuvo que salir en taxi a buscar más a otro hospital conduciendo a toda velocidad por las calles de Madrid mientras sacaba un pañuelo por la ventanilla y el taxista tocaba el claxon saltándose un semáforo tras otro. Siempre me he preguntado cómo sería ese traslado ¿llevaría las bolsas de sangre en una neverita con hielos? Mi padre nunca describió los detalles sólo su terrible angustia por no llegar a tiempo de salvar a mi abuelo.

Algunas cosas que sí conozco de mi abuelo es que nunca se dejaba intimidar por nadie ni por nada. En una ocasión durante La Guerra unos milicianos pusieron a prueba su entereza. En aquella época él era funcionario de la República y cuando el siete de noviembre de 1936 el gobierno de Largo Caballero decidió trasladar la capital a Valencia la familia de mi padre se mudó a la ciudad del Turia donde alquilaron un pisito en la calle Francisco de Quevedo. En el recibidor de dicho piso colgaba una figura de la Virgen con el niño. Un grupo de milicianos asaltó la casa una noche a las dos de la madrugada. Habían ido por las viviendas arrestando a todo el que les parecía sospecho, al entrar en la casa que ocupaban mis abuelos lo primero que vieron fue la figurita de la Virgen e inmediatamente y sin más explicaciones arrestaron a mi abuelo y se lo llevaron preso. De nada sirvieron las explicaciones de que esa figura era de los dueños y ellos solo eran los inquilinos. En esos tensos momentos él mantuvo siempre la calma y se despidió de mi abuela intentando tranquilizarla y afirmando que volvería en cuanto todo se aclarase.

Ya en la calle le metieron en una camioneta con los otros detenidos y se lo llevaron a la checa del Colegio de los Escolapios en la calle de los Carniceros (un nombre muy apropiado). Al llegar preguntó a los que se encargaban de la recepción de los prisioneros que quien estaba al frente de aquella “cochiquera”. Entonces le condujeron a un despachito donde un hombrecillo chepudo y enjuto le recibió burlón:

—Camarada, me han dicho que has preguntado por mí.

—Así es.

—Sí, yo dirijo esta cochiguera como tú la llamas, aquí soy el Dios de la muerte —afirmó soltando una sonora carcajada— y todos los que llegan aquí —añadió— vienen llorando, implorando por su vida y gimoteando, sin embargo, tú llegas como un héroe de película, insultándome, debería fusilarte ahora mismo, no serías el primero. Pero tienes razón, has hablado como un hombre. Se ve que eres de los nuestros, no temes morir y me alegro de conocerte. Tengo una botella de coñac que guardo para las grandes ocasiones, tomemos una copa, brindemos por la República.

Comenzaron a charlar y a beber y así estuvieron hasta bien entrada la mañana y tras haber dado cuenta de la botella se despidieron y le dejaron marchar. En la casa mi abuela lloraba ya su muerte o su desaparición pues no otro era el destino que aguardaba a quienes se llevaban a las cárceles populares que habían surgido como setas en todas las ciudades en manos de los republicanos.

En otra ocasión, después de la guerra fue destinado a Melilla donde también tuvo un incidente con un matón que al entrar en un bar ordenó que todo el mundo se apartase de la barra para dejarle sitio a él y sus amigachos. Mi abuelo no se movió y al final el matón acabó invitándole a un trago.

También sé que fue represaliado por Franco por el mero hecho de no pasarse al bando rebelde durante la Guerra y haber permanecido fiel a la República mientras duró la contienda, pero lo cierto es que desde el incidente de Valencia su fidelidad republicana se había resquebrajado. “Con escobas habríamos ganado la guerra!” Solía decir y luego de unos instantes añadía: —En cambio nos dedicamos a matarnos unos a otros como perros. Posiblemente por esa razón y por otra más trivial; la de las estrecheces económicas que padecían, le dio permiso a mi padre para que ingresara en la OJE (La Organización Juvenil Española) y así poder hacer excursiones y salir del congestionado Madrid de la época.

## IV

Mi abuelo Gero sin embargo fue siempre un republicano convencido hasta su muerte y nunca perdió la fe en sus ideales, aunque quizá los atemperó con la edad. Le hubiera gustado sobrevivir a Franco y ver una España libre y republicana otra vez, pero también tenía miedo de que los antiguos fantasmas volvieran a aparecer, lo temía por nosotros sus nietos y al final de sus días estaba verdaderamente preocupado: “¿qué pasará cuando muera Franco? Se preguntaba mientras movía la cabeza de lado a lado.

Lo que más recuerdo del abuelo Gero son sus relatos, siempre tenía uno a mano, al principio creí que eran historias que todos los abuelos se sabían y contaban a sus nietos de memoria hasta que me di cuenta que no, que sólo mi abuelo contaba esas cosas tan increíbles. Y pronto también me di cuenta de que algunas eran inventadas y otras las había vivido directamente. Siempre que podía hablaba de “La República” que yo en mi niñez imaginé en un país lejano, luminoso, tropical, lleno de árboles frutales y habitantes amables, de la guerra que había ocurrido en aquel país, que resultó ser el mío y de otra guerra muy grande en la que habían participado todos los países de la tierra. También sabía contar cuentos de países lejanos y leyendas de naufragos.

No recuerdo cuando finalmente caí en la cuenta de que la República era una forma de gobierno y que había tenido lugar en España. Sería en alguna de sus peroratas sobre de los ideales republicanos, del entusiasmo que despertó al principio en la gente y de cómo los enemigos de aquella se conjuraron para destruirlo. Más adelante me explicó el significado de la democracia y me habló de sus aventuras como soldado que siempre defendió esos principios que yo entendía sólo en parte.

Su discurso a veces resultaba incomprensible para un niño de mi edad como cuando pasaba de hablar de España a hacerlo del mundo entero y se perdía en la Historia y en otro tiempo y otro siglo. Relatando como el número de repúblicas se había extendido a lo largo y ancho de la tierra surgiendo de los viejos y caducos imperios y cómo en ellas las gentes eran libres e iguales y todos eran como hermanos. También me dijo que de entre todas ellas una sobresalía por haber inspirado a las demás como un faro que alumbraba al resto y se llamaba República Francesa y siempre que la mencionaba entonaba el himno de la marsellesa o se ponía a silbar por el salón a veces con un libro o un jarrón en la cabeza a modo de sombrero que llamaba “gorro frigio”.

Yo solía escuchar con la boca abierta sus historias. Uno de aquellos cuentos inolvidables era “La historia de cómo se crearon las historias”. Según mi abuelo todas las historias y los cuentos conocidos nacieron en un lugar recóndito de África y afirmaba que lo mismo que hoy nos dedicamos a la tecnología y durante el Renacimiento al Arte, en los albores de la humanidad, los hombres que por aquella época acababan de “inventar” el lenguaje se dedicaron a imaginar cuentos e historias y que esa era la razón por la que el cerebro de la naciente humanidad se desarrolló tan rápidamente.

—Te voy a contar —decía— el cuento de cómo se crearon los cuentos: Hace muchos cientos de miles de años una tribu de África, la tribu que precisamente empezó a hablar por primera vez, (unas gentes que habían inventado el lenguaje pero que aún no habían inventado la escritura) en un tiempo en que las armas eran piedras y no existía la ganadería ni la agricultura, se desarrolló un gusto especial por los cuentos y las historias, como ahora lo tenemos aquí por el fútbol o los italianos por la ópera, o los japoneses por la tecnología aquel pueblo primitivo tenía tal entusiasmo

por escuchar relatos nuevos que desarrolló una suerte de lo que hoy llamaríamos concursos literarios.

“La historia que te voy a contar me la contó un gran soldado Congoleño al que conocí en Francia que se llamaba Tanguy Mabancu.

—¿Qué es “congoleño, abuelo”?

—Congoleño es alguien que vive en el Congo, un país africano.

La historia comienza así: “Aquella era una noche de luna llena, era la primera luna llena del año del calendario Umbeque. El gran Nbomgo recorrió los escasos metros que separaban la pequeña hoguera de su familia hasta el montículo desde el que daría su discurso.

Una vez al año todas las tribus y clanes Umosimbas se reunían para festejar su fiesta nacional en honor a la diosa Buhma de la fecundidad y la abundancia que era también la guardiana del orden del cosmos así como de la inspiración artística (que para los Umosimbas era casi exclusivamente el arte de contar historias). Por este motivo era la patrona de los narradores de cuentos. Nbomgo pensaba en los logros de su tribu y en cómo se habían desarrollado los festivales de relatos mientras se acercaba al montículo sagrado desde el que daría su discurso.

—¿Pero es una historia de verdad?

—¡Claro que sí! Se la inventó Tanguy, ya te lo he dicho, al que llamábamos Tango durante la guerra.

—Pero entonces no es real —insistí.

—Bueno, no sabemos si fue real, ni tú, ni yo, ni tampoco Tango estábamos, allí en aquella época —Contestó soltando una sonora carcajada.

“Para la nación Umosimba la Luna había sido engendrada por Armús (el Sol) y Manbuta (la tierra). Antes de su nacimiento el mundo estaba sumido en el caos, el mar asolaba la superficie terrestre que era yerma. Por aquella época no existían las estrellas y los planetas erraban sin rumbo por el cielo. El padre de Nbomgo le había contado a su hijo que el calendario umbeque, es decir lunar, había sido impuesto por el cacique Munbaso Tsimbo, una figura legendaria que vivió cinco generaciones antes que él y que los Umosimbos debían la celebración de sus fiestas a las nuevas creencias y a las reformas religiosas que aquel cacique (un héroe para su tribu) había impuesto no sin cierta resistencia por parte de los hechiceros antiguos que creían que existían muchos dioses y que todos ellos podían encontrarse en todas las cosas ya fueran vivas o inanimadas.

“La diosa Buhma que como he dicho también era la diosa de la iluminación y en cierta forma de la locura, pero de una locura creativa que inspiraba a los artistas. En aquel momento Nbomgo se preguntaba hasta qué punto la diosa le inspiraría

aquella noche. El maestro de ceremonias, el sacerdote de la aldea le recibió al pie del montículo sagrado y le ofreció un Tochó, o cuenco ritual lleno de una bebida fermentada a partir del zumo de la buhmaemquima (el fruto de la luna).

“He de añadir que hasta no hacía mucho los narradores debían enfrentarse al auditorio desnudos y sin otra ayuda que su voz y sus gestos pero que Nbomgo, que era el jefe de clan Nábtaro y había ganado el certamen de narraciones hasta cuatro veces (un récord sólo ostentado por él) había impuesto la toga ceremonial de los guerreros iniciados en el culto a la diosa, que era la clase de los guerreros más temidos, a la que añadió las plumas que lucían los ancianos del Consejo puesto que, argumentó, un narrador es como un guerrero con la sabiduría de un anciano, además había introducido el uso de la flauta para acompañar los relatos. Todo esto lo había logrado no sin la fuerte oposición del Consejo de los Principales, El Gonpo Maru compuesto por guerreros que habían destacado en alguna acción militar o cinegética y por los individuos, hombres y mujeres por igual, más ancianos de la tribu.

Después de las presentaciones y tras beber del cuenco de ceremonias aquel gran hombre subió a la cima del pequeño montículo y, contrariamente a la tradición que establecía que el narrador comenzase con un discurso en honor a la diosa, mencionara a los héroes antiguos y a los hombres y mujeres del Consejo Supremo, hizo sonar directamente su flauta de la que salió una bella melodía para inmediatamente comenzar su narración:

—Amigos como sabéis Una característica de nuestros Consejos que no quiero pasar por alto en este día es que después de la introducción del calendario lunar, las mujeres ancianas también forman parte de él en honor a la diosa, lo que según es sabido no es costumbre en otras naciones de la Tierra conocida. Naturalmente no sería muy coherente adorar a una diosa cómo la divinidad principal del panteón y no darle en nuestra sociedad el lugar que tiene en el cielo ya que a pesar de todo el Sol sigue rigiendo nuestras vidas y determina el cambio de las estaciones.

En este punto mi abuelo se interrumpió para aclarar: —“Ya que hablamos de la organización política de los Umosimba, me gustaría destacar que aquella Nación se componía de tribus y estas tribus de clanes y familias y que cada tribu tenía su propio Gonpo Maru y que por encima de todos ellos existía para tomar las decisiones más importantes como por ejemplo ir a la guerra contra otras Naciones o establecer alianzas o acuerdos con ellas, el Nquipu Gonpo Maru o Consejo Supremo que, así mismo mantenía el orden entre las tribus Umosimbas e intervenía en sus disputas.

—“Hoy he subido a esta pequeña colina —continuó Nbomgo— no para contaros una historia inventada sino para advertiros de que no dejéis nunca de adorar a la diosa pues contrariamente a lo que nos han contado los ancianos, no porque hayan querido mentirnos sino más bien por ignorancia...” — En este momento se oyeron murmullos de protesta por parte de algunos asistentes mientras que otros movían la cabeza en desaprobación.

“...Calmaos hermanos, la ignorancia es falta de conocimiento y es lógico que no hubiera conocimiento si la diosa no había nacido aún —siguió diciendo con ironía nuestro orador— Las personas que habitaban esta tierra antes de la Era de la luna y del orden que trajo consigo, no eran verdaderos hombres, al menos no como nosotros pues eran más bien como peces pero que tenían brazos y manos en vez de aletas y pies para andar por la tierra aunque su cuerpo estaba cubierto por escamas y sus pies se convertían en colas de delfines cuando se zambullían en el agua, cosa que hacían con frecuencia pues se alimentaban de algas y de otros peces más pequeños. Esta especie de hombres anterior a nuestra estirpe que prosperó en la tierra caótica anterior al nacimiento de Buhma, no tenían organización como nuestras tribus, ni como nuestra querida Nación, ni tenían lenguaje salvo ciertos gruñidos parecidos al de los gorilas, chillidos como los de los monos y silbidos como los de ciertos pájaros por medio de los cuales mostraban disgusto y placer o avisaban de peligros a los suyos. Cuando las aguas inundaban las tierras, lo que ocurría de continuo pues no había llegado aún el orden de la Luna, estos hombres perdían completamente su apariencia pseudo humana se convertían casi en serpientes de mar y sus escamas les protegían del frío del océano...”

—¡Mentiroso, antes de la Luna no había personas en la tierra! —gritó un anciano.

—No como las conocemos hoy —replicó Nbomgo.

—El abuelo de mi abuelo los conoció —afirmó alguien— se llamaban Enquisa Misá Nasau (Los hombres del agua).

—Es cierto, a mí me lo contó mi padre —dijo otro.

—Dejadle continuar —gritó un tercero.

“He subido aquí para advertiros de que si no atendéis vuestras obligaciones para con Buhma los tiempos del Antiguo Caos pueden volver. Cuando Ella, nació y las aguas poco a poco volvieron a su lugar, los hombres con escamas desaparecieron de la tierra, unos porque se fueron al mar y allí se transformaron definitivamente en peces, otros porque perdieron la cola y las escamas y se transformaron en gentes como las que conocemos hoy solo que todavía no hablaban y se comportaban como animales, iban desnudos y se apareaban constantemente...”

Se oyeron chistes y risotadas: —No eran muy diferentes a nosotros — bromearon algunos.

—Eran como los Mocumbo (una de las siete naciones limítrofes) —Decían otros riendo.

—Sí, solo que no hablaban —repitió el orador con voz grave y luego prosiguió:

“...La diosa estaba enfadada con la humanidad pues mientras el caos cedía ante el orden, la gente seguía sin hablar, seguían comportándose casi como animales



y no aceptaban las normas de la Diosa. Un día dijo Ella para sí: los hombres no merecen vivir sobre la tierra seca, mandaré a las aguas que se desborden y vuelvan a inundar el mundo. Entonces la Luna se transformó en una joven y bella mujer de piel blanca y bajó a la tierra para advertir a la humanidad de que una nueva inundación estaba a punto de comenzar, pero nadie entendió sus palabras puesto que no conocían el lenguaje, nadie excepto un cazador llamado Ebtallom. Este entendió el mensaje de la diosa y decidió fabricar una gran balsa para meter en ella a toda su familia y sobrevivir a la inundación y también capturó una pareja de cada animal terrestre y esperó que la gran inundación comenzase.

—Pero abuelo —interrumpí— esto es como la historia del Arca de Noé.

—Eso es porque, como decía mi amigo Tango: Esas historias que se contaban en los certámenes de narrativa de aquella antigua tribu africana celebrados en honor de la Luna se repetían luego durante las largas noches de invierno en todas las tribus y clanes de aquellas gentes del centro de África y gran parte de ellas traspasaban las fronteras de esa nación y eran relatadas por otros pueblos y difundidas por toda la tierra y se cree que tribus muy lejanos y de otras razas y lenguas las repetían como si fueran suyas por todas las esquinas del mundo, aún las más apartadas.

—O sea que ¿la historia de Noé es muy antigua, abuelo?

—Muy antigua, sí... muy antigua, como casi todas las de la Biblia y también las de otros libros que tú no conoces aún pero que conocerás algún día. Ahora vete a la cama que ya es hora.

Obedecí, pero no sin antes hacerle prometer que me contaría el final la próxima vez que nos viéramos.